

do entonces de piratas. Diestros en la navegación, vinieron entonces muchos hijos de Lusitania.

Rara vez la justicia se abre paso en la historiografía; no poca tinta se gasta y no pocos desvelos, en averiguar la verdad. El protagonista, Fernao Méndes Pinto, cuenta en su diario, acaso novelado ya... que en sus 23 días de permanencia en dicha ínsula, le sirvió de intérprete una mujer oriunda de Riu-Kiu. Pero su población es del sur de Kiusiú. Es de suponer que en algún viaje sus naves hayan sido sorprendidas por la tormenta y llevadas a tierras ignotas. Trueque de productos, y de razas, lenguas y costumbres...

La monotonía de vivir se vió amenizada por las escopetas. Buena puntería. Pingüe cosecha de pájaros. El Señor se queda estupefacto, y también los súbditos ante tamaña arte diabólica. La clásica flecha no derriba sino un ave o acaso dos; la escopeta mata a la vez diez o quince pájaros. A la serie de agasajos y frases encomiásticas que les prodigaba el Señor, ¡escopetas y balas!, en señal de gratitud. Y de esta manera se nos transmitió el arte del fuego.

La novela tiende a rescatar infinidad de matices perdidos, y rescita para ello incunables, manuscritos y epistolarios hundidos en el olvido, ¿servirá esto para alcanzar la intimidad del hombre y de las razas?... ¡Bravos hijos de Portugal!, cuyo derrotero les fue marcado por una tormenta y que vinieron de esta manera a contribuir al despertar de la Edad Media.

¡Escopetas y cruz! En el torbellino de las guerras, ambas cosas fueron ayuda eficazísima. Fue un naufragio, pero no inútil, ya que los insulares de Tanegashima supieron aprovecharlos. Existían antes privilegios y desigualdades diabólicas entre el feudo y el vasallaje. Mas, en aquellos lejanos siglos, los pobres náufragos nos enseñaron que el esfuerzo es el único concepto que puede elevar la dignidad del hombre. En este aprendizaje dejó su nombre el legendario héroe de Tanegashima. Así vino el Japón a figurar en el concierto internacional. Después, luego de tres siglos de hermetismo, he aquí que abre otra vez sus ojos...

LAS POSIBILIDADES AGRICOLAS DE MEXICO

Por el Ing. Agro. Ramón Fernández y Fernández

DE dos maneras puede manifestarse el vigor para el funcionamiento del factor naturaleza en la producción: a través de las industrias genéticas y a través de las extractivas. Desde el primer punto de vista, es decir, desde el agrícola, cualquier balance concienzudo, indudablemente difícil por la variabilidad de climas y altitudes que se presentan en nuestro país, induce a resultados pesimistas: clima irregular con lluvias poco sujetas a temporadas fijas y con heladas tardías y tempranas, que destruyen en una madrugada el esfuerzo de meses, en combinación con suelos cansados por el monocultivo y sistemas irracionales seculares, hacia el centro del país; en el norte la lluvia no sólo es deficiente para algunos cultivos, como en el centro, sino muy frecuentemente para todos, y el labrado de las tierras ha de ir precedido por las necesarias obras de irrigación. Y a veces, tras de la irrigación, el esfuerzo se ha vuelto inútil, porque la comunicación establecida entre la capa friática y la humedad superficial hace ascender

el salitre mortal para la vegetación. Claro que se habla en términos generales; pues se ocurren ejemplos que no encuadran en el pesimismo anterior, como la riqueza de las tierras siempre fértiles de la Comarca Lagunera, nuestro Eldorado agrícola, como la llamara desde el año de 1911 el estudioso agrónomo Lauro Viadas. Pero, con todo, agricultura del norte es agricultura de riego, y riego significa mayor costo de producción y con ello una menor redituabilidad del trabajo humano empleado por unidad de superficie.

El maíz, nuestro cereal fundamental, nos coloca en una situación de inferioridad con respecto a aquellos países que basan su alimentación en el trigo. Porque el trigo requiere menos trabajo humano por unidad de producto y de superficie en cultivo, y porque ésta gramínea, amén de su mejor composición alimenticia, tiene la inapreciable ventaja de ser el cultivo que se presta a una más integral maquinización, y en general a una más amplia aplicación de todos los adelantos de la técnica agrícola.

Quedan las costas, el paraíso tropical en que basta clavar la semilla con la punta de una estaca para obtener una cosecha cuantiosa. Pero por alguna razón, México ha tenido siempre costas deshabitadas: el clima es ingrato al hombre, presiona y abate su actividad; las enfermedades endémicas y epidémicas se vuelven azotes que ahuyentan el factor humano. Además, la costa, por su situación geográfica, por su alejamiento y por razones comerciales en conexión con la índole de sus principales productos, está destinada a la explotación con fines de envío a otros países, y una agricultura de exportación es actividad aleatoria sujeta a las eventualidades de los mercados exteriores. El cultivo para exportación deja de tener esa función básica que se atribuye a la agricultura como sostén de la vida del pueblo, como recurso de alimentación nunca desmentido.

Por lo que respecta a las industrias extractivas, México sí es indudablemente un país naturalmente rico. Minería y petróleo forman dones de indiscutible preciosidad en nuestro suelo. Ya es otra cosa que su explotación no produzca en la actualidad, ni haya producido nunca, capitalización interior, por haber pertenecido estos recursos en su totalidad a gentes extranjeras.

A pesar del trasunto, lleno de tintes negros, que de nuestras industrias extractiva y genética se ha esbozado, es un hecho indudable que, cayendo y levantando, con pobreza o con miseria, pero vamos viviendo. Ir viviendo puede significar estabilidad, progreso o retroceso. Es muy interesante que echemos una ojeada a las características actuales de nuestra agricultura con la tendencia a descubrir, hasta dónde, por la complejidad del tema ello es posible, si nuestra vida agrícola actual está encaminada por un sendero de avance o pasa lo contrario.

El último censo agrícola ganadero, efectuado el año de 1930, contiene datos numéricos de una gran elocuencia. México cultivó en ese año alrededor de siete millones de hectáreas o sea el 35% de su extensión territorial; pero la parte cultivada significa menos de la mitad de la superficie de labranza, es decir, de aquella apta, no sólo potencialmente, sino por la realidad de los hechos, para alojar cultivos. Surgió inmediatamente la idea de que vivimos en un país en que es imposible hablar de escasez de tierras de cultivo. La superficie actual podría fácilmente duplicarse. Pero hay más, la misma elaboración estadística nos indica que de las tierras forestales, con pastos, e incultas productivas, pueden abrirse fácilmente al cultivo cerca de nueve millones de hectáreas. Es decir, la superficie en cultivo actual puede triplicarse o más.

Esto ya significa un dato de importancia con respecto a las posibilidades agrícolas de México. El campo al frente es amplio, el país tiene un cupo para una población muchas veces mayor que la actual. Investigadores serios han hablado de que México podría, sin sentir dificultades por exceso de habitantes, alojar hasta 80 millones de los mismos.

¿Qué regiones son las que en la actualidad presentan las mejores posibilidades de desarrollo? Las tendencias de los últimos años y la consideración de potencialidades productivas nos inducen a dar la respuesta siguiente: La región de un mayor porvenir actual es la del Norte (incluso el Pacífico Norte), mediante la construcción de obras de riego. Las razones pueden consistir en tierras férciles vírgenes en abundancia, en la cercanía al gran mercado exterior de los Estados Unidos, en la fácil comunicación interior y con el resto del país, por ser la región menos abrupta del territorio. En seguida se presenta como zona de porvenir la de las costas. Mucho puede lograr el saneamiento para que la densidad de población vaya poco a poco elevándose; el mercado extranjero eventual puede explotarse cuando esto sea posible, mientras que una buena comunicación con las demás zonas permitiría el desfogue de productos hacia el consumo interior cuando la demanda extranjera se encontrara abatida.

En cuanto a la Mesa Central, de alta densidad de población, que por movimiento excéntrico está surtiendo los deficientes de las zonas norte y costera, con tierras decadentes, esquilmas, que para producir rendimientos de consideración necesitarían la aplicación de abonos y en general de mayores cantidades de capital y de trabajo en dosis más que proporcionales a los provechos que se obtuvieran, sería aventurado negar que carece por completo de posibilidades de desarrollo agrícola. Los datos del censo a que se ha aludido indican tales posibilidades. Pero éstas existen en proporciones mucho menores que en las zonas norte y costera.

De la zona central se puede hablar de decadencia comparando datos de rendimiento por hectárea antiguos y modernos, o parangonando viejas descripciones, como la de Humboldt, con la observación actual; mientras que de las costas, y sobre todo el Norte, el mismo parangón arroja un saldo positivo de progreso. Entre el "desierto" que de acuerdo con don Sebastián Lerdo de Tejada estaba bien colocado, como natural defensa, entre los Estados Unidos y nuestro país, y la perspectiva norteña actual, hay una fuerte y optimista discrepancia.

Toca ahora que nos refiramos a otro aspecto de la cuestión: el abastecimiento interior de pro-

ductos agrícolas. No es aventurado afirmar que es hasta después del primer cuarto del presente siglo cuando nuestro país inicia un franco desarrollo en el sentido de lograr dicho abastecimiento. Anteriormente, año por año, fuimos tributarios del extranjero aun en los principales productos de nuestra alimentación, como el maíz. Las escaseces, verdaderas hambres colectivas, se presentaron en México periódicamente durante mucho tiempo. Nos hablan de ellas las crónicas de los historiadores de la época precortesiana. La civilización azteca se veía carcomida por el latifundio. Las tierras del calpuli se volvieron insuficientes por el aumento de población. El punto culminante de la cultura nahoa corresponde al reinado de Moctezuma Ilhuicamina. Su punto más bajo de decadencia se encuentra en los tiempos del Xocoyotzin, precisamente a la llegada del Conquistador. Cuando las cosechas se perdían sobrevenían grandes mortandades, y las tradiciones hablan de caminos cubiertos de cadáveres. La colonia, que hizo en general poco caso de la agricultura, veía, como es natural, las cosas más desde el punto de vista de la conveniencia de la metrópoli que de estas tierras, hasta sobrevenir disposiciones reales como la relativa a la destrucción de olivares y viñedos. El México independiente, en su primera etapa, es turbulento, sanguinario, muy pobre. Las regiones rurales, más que campos de trabajo en que pudiera florecer una actividad progresivamente productiva, eran zonas asoladas por el bandillaje y las guerrillas, si no es que objeto de despojos legales contra los tenedores indígenas de la tierra, al amparo de las leyes de desamortización, o posteriormente por las actividades de las compañías deslindadoras. Cuando llegó la era de paz fueron un hecho las garantías en el campo; pero quedó vivo, y se fue robusteciendo cada vez más, el pulpo del latifundio.

El latifundio porfiriano fue funesto para el abastecimiento interior de productos agrícolas en el país, tanto por su poca capacidad productiva como por las facilidades que, de la concentración de la producción, se originaban para el acaparamiento de las semillas y consecuentemente para su defectuosa distribución. Año agrícola malo en la época del General Díaz, era año en que faltaban los granos, a tal grado que el hambre volvía a asomarse como en los tiempos del imperio azteca, y era necesario a veces que el mismo Gobierno se ocupara por su cuenta de introducir maíz y frijol de procedencia extranjera para paliar la situación.

En la actualidad, México ya no importa granos alimenticios. Antes bien, en los últimos años, la

intensificación de las actividades agrícolas ha traído por consecuencia que se presenten, como precoces manifestaciones de madurez capitalista, las sobreproducciones. Así el frijol, cuya cosecha periódicamente alcanza niveles fuera de relación con la capacidad de consumo, como ha pasado por última vez en 1934. Así el arroz, que en el año citado existió en superabundancia notoria dentro del país; así el algodón que cuando sobrevenga la cosecha del presente, se tendrá en proporciones superiores a las necesidades internas. Así el garbanzo, que al encontrar cerrado el mercado español inunda los interiores. Así, por último, como ejemplo más curioso, el del maíz, que en los años de 1934 y 1935 alcanzó por primera vez en su historia, el honor de ser enviado al extranjero, si bien por condiciones especiales de los Estados Unidos, país importador.

La exportación de frijol durante el año de 1934 supera a la de los diez años anteriores. Exactamente lo mismo pasa con la exportación de arroz durante 1935. Que estas exportaciones sean forzadas, que constituyan un *dumping* para deshacerse de excesos por medio del cual se regala al extranjero trabajo mexicano, es otro asunto, de técnica productiva y de organización de nuestra economía; pero el hecho palmario es que nuestra agricultura ha venido a producir cada vez más hasta sobrepasar nuestras propias necesidades. Y hay que enterarse de que no estamos hablando de una capacidad de consumo artificialmente abatida, porque los productos a que nos hemos referido son de primera necesidad, cuya demanda es casi inelástica. En realidad la actividad agrícola, con todas las lacras que se le quieran poner, cada vez naturalmente menos acentuadas, va incrementándose. Los sistemas nacionales de riego van transformando la fisonomía de regiones enteras del país. En fin, no aparece ya por ninguna parte el fantasma otrora tan temido de la escasez.

Queda por resolver solamente el problema de que la producción se lleve a cabo con el menor esfuerzo posible y el auxilio de los métodos más avanzados; de no desperdiciar energías humanas, sino aprovecharlas lo mejor posible para lograr la elevación del nivel de vida, hasta hoy demasiado bajo, de nuestras masas rurales.

Esta Revista constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social y se edita bajo la dependencia de la Jefatura del propio Departamento.